

*Invitado Especial*

**Aquí hablamos *portuñol*\***

Carlos Escudé\*\*

“Aquí hablamos *portuñol*: en Brasil todo el mundo se entiende”.

Así rezaba la línea principal de un aviso publicitario lanzado el 18 de diciembre pasado por el Instituto Brasileño de Turismo, Embratur, para toda Iberoamérica. A mí me llegó el 3 de febrero de 2018 a través de La Nación.

Claro que cuando el aviso dice “en Brasil todo el mundo se entiende”, se refiere a “nuestro” mundo, el de la civilización iberoamericana. No vale para suecos o alemanes, que no son parte de nuestro mundo y no tienen la dicha de comprender el *portuñol*.

Por cierto, el aviso apunta muy especialmente a la proto-nacionalidad pan-hispanoamericana, que junto con la nacionalidad luso-americana constituye una civilización que, no sin razón, el célebre académico de Harvard, Samuel Huntington, señaló como diferenciada de Occidente.

América latina no es Occidente, dijo casi ofensivamente Huntington en su conocida obra Choque de Civilizaciones. Tenía razón. Lo que él no sabía es que no sólo somos otra cosa: somos **mejores** que Occidente.

Hispanoamérica es una proto-nación debido a su excepcional uniformidad lingüística, que representa el más extraordinario caso de **INTEGRACIÓN** del mundo entero. Desde la Baja California hasta Tierra del Fuego se habla una misma lengua, y el portugués está tan emparentado con el castellano que no es necesario un aprendizaje especial para que los luso e hispano-hablantes de la región se comuniquen entre sí. Un chileno y un madrileño se entienden casi como si pertenecieran a la misma nación, pero lo mismo no ocurre entre un castellano y un aldeano catalán, que pertenecen a un mismo Estado. Por cierto, los apenas 505 km que separan a Madrid de Barcelona han sido suficientes para la erección de una barrera lingüística significativa.

Más aún, entre Tijuana, en el norte de México, y Ushuaia, en el sur de Argentina, existen 10.776 km de territorio contiguo donde se habla castellano, un poco más que los 10.703 km que separan a Lisboa de Shanghái. ¿Es siquiera imaginable un mundo en el que se hablara la misma lengua desde Lisboa hasta Shanghái? ¿Acaso el planeta Tierra no sería mucho más pacífico y seguro si se hablara la misma lengua desde Portugal a la China? ¿Acaso nuestra integración lingüística iberoamericana no es mucho más asombrosa e importante que la frágil integración económica alcanzada por los europeos después de la Segunda Guerra Mundial? Alcanzada, dicho sea de paso, gracias a la diplomacia y los fondos norteamericanos, porque sin ellos la cultura de las soberanías nacionales no hubiera permitido integración alguna.

---

\* Ponencia inaugural del “Foro Regional de Integración y Desarrollo Sustentable: el Corredor Biocénico como política de Estado”, La Rioja, 27-28 de septiembre 2018

\*\* Doctor en Ciencia Política por la Universidad de Yale (Estados Unidos); Docente e Investigador de la Maestría en Relaciones Internacionales del Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba (UNC, Argentina); Director del Centro de Estudios de Religión, Estado y Sociedad (CERES). Correo electrónico: [carlos.escude@gmail.com](mailto:carlos.escude@gmail.com)

El caso iberoamericano, me parece, sugiere que la afinidad lingüística genera **desincentivos** para la guerra, así como el caso europeo sugiere que la fragmentación lingüística genera una mayor propensión hacia la guerra interestatal. Es por eso que me atreví a decirle al ya difunto Samuel Huntington que nuestra civilización es superior a la suya.

Veamos la evidencia histórica.

Importantes especialistas como Kacowicz, Desch y Centeno coinciden en que, en términos comparativos, América latina ha disfrutado de una “larga paz” interestatal. Además, las cifras y tablas sobre muertos en batalla presentadas para el período 1816-1980 en *Resort to Arms*, el estudio ya clásico de Small y Singer, representan un banco de datos que demuestra palmariamente la paz relativa que Iberoamérica se ha sabido ganar. A lo largo de doscientos años de independencia latinoamericana, los Estados de Europa y América del Norte han tenido casi cuatro veces más hombres alistados y mataron a decenas de millones más que los de América latina<sup>1</sup>.

Como bien dijo el estudioso de Princeton, Miguel Centeno, “Donde esto se ve más claramente es en un mapa. Si se examina un mapa de América latina en 1840, se comprueba que los límites entre países se parecen mucho a los actuales. Aunque algunas unidades tempranas, como la Gran Colombia, desaparecieron, **ningún Estado políticamente reconocido ha desaparecido a través de la conquista**”.

No es menor este dato: nunca ha desaparecido un país iberoamericano debido a su conquista por otro. En el concierto europeo, en cambio, ha ocurrido en múltiples ocasiones. Polonia, por ejemplo, fue repartida entre sus vecinos más poderosos en 1772, 1793 y 1795, y no volvió a ser independiente hasta 1919. El Reino de las Dos Sicilias fue anexo a Italia por conquista en 1861, para nunca más volver. Hay cientos de casos similares, perdidos en la amnesia colectiva, cuyo nombre no sería reconocido por el lector medio excepto como provincia del país que lo conquistó. Nada parecido ha ocurrido en el concierto latinoamericano, donde tal desenlace sería culturalmente inaceptable para pueblos y gobiernos.

Y más aún, una ciudad iberoamericana jamás ha sido bombardeada por un país vecino, como sí lo ha sido, criminalmente, Londres por Alemania y casi todas las ciudades alemanas por Gran Bretaña.

En verdad, por más que el escudo de Chile incluya un lema belicoso, “Por la razón o la fuerza”, en sus dos siglos de independencia jamás libró una guerra contra Argentina. En contraste, en ese período Francia y Alemania libraron tres guerras, en 1870, 1914-18 y 1939-45. Las últimas dos fueron las mayores catástrofes bélicas de toda la historia humana registrada.

Algo similar a lo que ocurre entre Argentina y Chile se registra en la historia de las relaciones entre Argentina y Brasil. En toda su vida independiente libraron una sola guerra, muy limitada, que pueda definirse como auténticamente interestatal: la de 1825-28. Desde bastante antes de la unificación italiana (1870) y alemana (1871), no ha habido conflictos bélicos entre Argentina y Brasil.

---

<sup>1</sup> Desch, M. C. (1998). Why Latin America may miss the Cold War: the United States and the future of inter-American security relations, en Domínguez, J. I., *International Security and Democracy: Latin America and the Caribbean in the Post-Cold War Era*, University of Pittsburg Press, Pittsburg; Kacowicz, A. M. (1998). *Zones of Peace in the Third World: South America and West Africa in Comparative Perspective*, State University of New York Press, Albany; Centeno, M. A. (2002). *Blood and Debt – War and the Nation-State in Latin America*, Pennsylvania State University Press, University Park; Small, M. and Singer, J. D. (1982). *Resort to Arms: International and Civil Wars, 1816-1980*, Sage, Beverly Hills

También es significativo que, aunque tanto Brasil como Argentina poseen más tecnología nuclear que cualquier país del Medio Oriente excepto Israel, estos vecinos sudamericanos están en las antípodas de la India y Pakistán, en términos de su amistad y cooperación nuclear. Brasil desarrolla un submarino nuclear. Argentina exporta reactores - su cliente más reciente es Australia, un país avanzado. Aunque hasta 1979, año de la firma del Tratado de Corpus-Itaipú, hubo competencia entre ambos en el ámbito del desarrollo atómico, desde entonces rige una cooperación activa en este delicado campo. Por cierto, abonando la tesis de la propensión latinoamericana a la paz, con el acceso al Tratado de No Proliferación Nuclear de Argentina en 1994 y de Brasil en 1998, **América latina se convirtió en la mayor región del planeta libre de amenazas nucleares.**

Parece claro que nuestra región es la más pacífica del orbe en términos de guerras interestatales. América del Norte la supera en términos intra-regionales, pero exporta violencia masiva. Obviamente, esto no significa que en nuestra América no haya homicidios a raudales, como lo demuestran urbes atrozmente violentas como Caracas y Ciudad Juárez. Pero incluso en el ámbito del conflicto interno, América latina no ha sido partícipe de ninguno de los holocaustos globales del siglo XX. Sin ánimo apologético, y por execrables que nos resulten sus abyectos crímenes desde la luz de nuestros elevados estándares sudamericanos, resulta claro que ni Pinochet ni Videla son comparables con Hitler o Pol Pot. Ni la religión secular del nacionalismo, ni el odio étnico, ni el fanatismo religioso, ni el fervor ideológico, condujeron en Iberoamérica a genocidios de la magnitud de los protagonizados por Estados europeos, asiáticos y africanos. No hubo, en los doscientos años de vida independiente de la región, el equivalente de una guerra civil española, una limpieza étnica como la de la ex Yugoslavia, una tragedia análoga al genocidio armenio, o masacres como las protagonizadas en Ruanda entre hutus y tutsis. Incluso los guerrilleros de la región son incomparablemente menos peligrosos que Al Qaeda o Estado Islámico, a la vez que hasta ahora no se ha dado en ella un caso de terrorismo secesionista exitoso como el del IRA original, que diera nacimiento a la República de Irlanda en pleno siglo XX.

En Europa, la integración económica posterior a la Segunda Guerra Mundial fue producto del temor norteamericano a que la competencia geopolítica entre Estados europeos condujera a una tercera guerra mundial. La segmentación lingüística europea fortalecía las identidades nacionales de cada uno de sus Estados, alimentando sus rivalidades. Desde el ingreso norteamericano a la guerra, el Departamento de Estado comenzó a planificar una Europa integrada. Llegada la victoria, a Alemania Occidental se le prohibió la producción de acero y carbón, a no ser que integrara su industria con la francesa. Y así comenzaron a emerger las Comunidades Europeas, alentadas por un Plan Marshall multimillonario que posibilitaba la reconstrucción.

Simultáneamente, desde Washington se torpedeaba la integración económica de Argentina y Chile, auspiciada por Perón a través del acta de Santiago de 1953. En realidad, **toda** integración económica era contraria a la filosofía de Washington, porque representaba una suerte de cartelización. En el caso europeo la integración era considerada un mal menor, porque había que encontrar una manera de controlar la belicosidad de esos Estados. Pero Iberoamérica **no era** una amenaza para la paz mundial. Por eso, Washington adoptó un estándar doble: apoyó la integración económica europea, en un primer momento muy resistida por europeos celosos de sus respectivas soberanías nacionales, y **boicoteó** la integración económica del Cono Sur.

Todos nos deslumbramos, ingenuamente, con los aparentes éxitos de la integración europea. Pero lo que el mundo desconocía era que la quimera de una integración económica europea sería siempre frágil, debido a la fuerza de identidades nacionales ancladas en las diversas lenguas del continente. En cambio, Iberoamérica estaba bendecida por la más milagrosa de todas las integraciones, la integración lingüística. Aunque su crecimiento fuera lento, y aunque su integración económica prosperara poco y nada durante mucho tiempo, constituía una civilización mucho más sólida. Por eso es que toda obra de integración física entre nosotros, como la del Corredor

Bioceánico que hoy nos convoca, tiene más que cimientos materiales. **¡Tiene unos cimientos culturales sin paralelo en el mundo entero: nuestra cultura de paz!**

Es necesario que nos detengamos un instante para comprender la paradoja de esta civilización nuestra. Firmamos **más** tratados que en ninguna otra región del mundo, a la vez que éstos se acatan con **menor** frecuencia que en otras partes. Y pocos esperan que se cumplan. ¡Pero eso no significa que sean irrelevantes! Por el contrario, algunos de esos acuerdos no respetados son el trasfondo ritual de un concierto latinoamericano que una y otra vez evita la guerra a través de mecanismos *ad hoc*.

El MERCOSUR, por caso, es un bloque comercial cuyos protocolos muchas veces no se cumplen. Cuenta un distinguido ex funcionario argentino que, en el contexto de unas conversaciones con Estados Unidos en que los países del bloque exigieron que el MERCOSUR fuera respetado, los norteamericanos preguntaron intrigados **qué era** exactamente lo que ellos debían respetar, siendo tantas las regulaciones incumplidas por los propios Estados miembros.

El argentino sorprendió a los del Norte con esta sentencia: "El MERCOSUR es la paz". Y frente al argumento de que hubo paz mucho antes del MERCOSUR, se impuso la reflexión de que aquélla era una paz armada, plagada por peligrosas hipótesis de conflicto que ya son cosa del pasado.

En verdad, aunque el MERCOSUR **no es lo que pretende ser**, se ha convertido en **más** de lo que hubo de ser. Es un poderoso mito que funciona. Más que bloque comercial, es un lubricante que afianza la cooperación informal, vacunando contra la escalada de los conflictos. Se encuadra en un estilo diplomático sofisticado y *sui géneris* que no puede descifrarse a partir de la literalidad lineal de sus discursos y documentos. Leer el Tratado de Asunción que lo hizo nacer es equivocarse el camino. Por cierto, la diplomacia latinoamericana descansa sobre una cultura difícil de decodificar para el extranjero.

Es por rasgos como éste que, más que una subcultura de Occidente, Iberoamérica puede concebirse como una civilización por derecho propio. **Una civilización superior**, bendecida por la integración lingüística, que es más proclive a la paz entre los Estados.

Y cuanto más avancemos en las otras dimensiones de la integración, tanto más apreciable será nuestra región. **Yo no sé cuánto** necesitaremos evolucionar para cumplir con la letra de los acuerdos que firmamos. Pero sé que si se llevan a buen término, obras de integración física como las de nuestro Corredor Bioceánico están condenadas al éxito. Proyectos como el puente que ha de unir a Santa Fe con Paraná, y el túnel de Agua Negra que integrará a la Argentina con Chile, pueden significar la concreción, en el siglo XXI, del Acta de Santiago y el sueño del ABC que fueran frustrados por Estados Unidos en 1953.

Por lo demás, es obvio que, gracias a nuestra cultura de paz, estas obras difícilmente sean mal utilizadas. No se emplearán para chantajear al vecino, como los gasoductos de Europa oriental. No se usarán para el desplazamiento de ejércitos enemigos.

- Porque somos una proto-nación.
- Porque a diferencia de Europa, que está lingüísticamente fragmentada, nosotros **estamos lingüísticamente integrados**.
- ¡PORQUE AQUÍ *FALAMOS PORTUÑOL!*
- ¡Porque en La Rioja se *fala portuñol!* ¡En Buenos Aires se *fala portuñol!* ¡En Santiago de Chile se *fala portuñol!* ¡En São Paulo se *fala portuñol!*

¡Somos hermanos, y toda obra que consolide físicamente esa hermandad es la obra de Dios!